Un paraguas y una máquina de coser

Vicente Quirarte

PAX

Índice

Su Majestad la Historia	11
Asterix a Idefix, en algún lugar de Galia	17
Tres versiones de la noche	21
Historia privada de Calpulalpan	27
Telegramas del 5 de mayo	31
Un soldado de La Angostura	35
En busca de Tomás Mejía	39
Dama en Nueva York	59
Un paraguas y una máquina de coser	67
Thomas Mann en el Lido	79
Primer compás del Chopo	83
Al licenciado le gustan las mujeres	89
Luis de Sevilla escucha a Mozart	97
Milonga para el arma blanca	101
El enigma del otro	113
Acerca del autor	127

Asterix a Idefix, en algún lugar de Galia

A Juan Francisco Villarreal Witt

Acércate, Idefix. Déjame hablarte para hablar conmigo; ayúdame, con tu silencio, a ordenar mis palabras. Que tu compañía sea benévola a Tutatis y puedan mi valor y prudencia comunicar a Obelix noticias que llegan de otro reino, de una forma distinta de transcurso. A ti, que ahora me miras y me atiendes pero en el siguiente instante te lanzarás a husmear por los rincones, fiel al instinto de tu casta, nada te dice la noticia de que ha muerto René Goscinny. Esa y no otra es la nueva que debe necesariamente enturbiar la alegría de tu Obelix, quien ahora canta y reúne leña para celebrar aquí y ahora el sacrificio de otro jabalí.

Morirse, Idefix, tiene que ver con todo esto de durar en el espacio, de moverse en el tiempo. Estamos aquí, pero al siguiente instante ya no, como los primeros trazos del lápiz de nuestro padre Uderzo o los iniciales borradores que la pluma de Goscinny trazaba, mientras ambos locos agotaban libros de arquitectura, anales, tratados de hechicería, para así crear para nosotros el mundo que tenemos. Yo hubiera querido ocultar todo el tiempo la noticia a nuestro compañero Obelix, pero ya he sabido que Uderzo, solitario, nos prepara una nueva aventura. Se llamará, sencillamente, *La odisea de Asterix*, y aunque sea mi nombre el que aparece en cubierta, será, como siempre, aventura de los tres, de mí, de Obelix y tuya, Idefix.

Morir es apartarse, ya no estar. Seguimos siendo en los otros y la muerte es el principio de una forma de vivir en los que aún no parten. Uno llega y se instala en el mundo, Idefix. Nunca has temido a los colmillos de los jabalíes ni al acero romano. Ni siquiera a la tempestad que de pronto parece aproximar el cielo a nuestras cabezas. Pero ¿qué hubiera pasado si la goma de Uderzo decide borrarte tras los primeros trazos?, ¿qué si la tinta no te fija para darte nombre y movimiento? Fue en la aventura *La vuelta a la Galia* donde Obelix y yo recorríamos toda nuestra tierra, tras romper el cerco romano, recolectando alimentos y bebidas de Lutecia y de pronto, sin que nosotros lo descubriéramos, estabas ahí. A lo largo del resto del viaje nos seguiste, aunque nunca te notamos. Querías ser domesticado y en silencio sufriste persecuciones de romanos y ocasionales asilos de nuestros compatriotas. Solo al final, tras la vuelta triunfal a la aldea, nuevamente humillado el orgullo de César y a punto de dar comienzo el banquete de bienvenida, ladraste. En ese ladrido te reconoció Obelix, aunque reparara en ti por primera vez. Esto bastaría, pequeño Idefix, para que tuvieras una deuda perpetua con quien te creó. ¿Fue Goscinny o Uderzo quien decidió ponerte en escena sin preámbulo y obligar al que está más allá de la página a mirar dos veces? El amor es así. Agotamos los ojos y nunca acabamos de mirar. El objeto o la criatura está ahí, pero no es. ¿Recuerdas la aventura *Asterix legionario*, donde Obelix mira por primera vez a Falbala, hija de Platanix, tras haberla visto antes mil veces? Te enfureciste y te alejaste. Eso se llama, en nuestro humano lenguaje, celos. Son una forma de amor por que tú, como amigo de Obelix, no soportabas verlo suspirar, ignorar la cacería de jabalíes, trepar a los árboles. Cuando llegó el instante decisivo, y Falbala nos dijo que era preciso rescatar a su prometido Tragicomix, Obelix se portó como un celta. Partido el corazón, pero los músculos y el alma templados, como si todos los días fueran lunes y en cada uno de ellos el mundo se limpiara.

Historia privada de Calpulalpan

El nombre de Juan Martín del Alcázar aparece consignado en la correspondencia privada del general Felipe Berriozábal, comandante de la brigada México en la batalla de Calpulalpan. En ella figura como distinguido teniente de Caballería en el combate librado la mañana del 22 de diciembre de 1860 entre los ejércitos de Jesús González Ortega y Miguel Miramón, que culminó con la victoria del primero, lo cual dio como resultado el fin de la Guerra de Reforma y el triunfo de la causa liberal.

A diferencia de otros que abrazaron las armas por convicción política, Alcázar siempre llegó tarde al lugar de los hechos. Tenía casi cuarenta años cuando sus compañeros apenas rebasaban la veintena. Ellos se autonombraban la barbarie y entre burlas y veras llamaban a Alcázar el Civilizado. En el momento preciso, cerraban filas para aceptar el adjetivo "la canalla", utilizado por los conservadores para designar a los liberales.

A Alcázar lo cimbraron dos hechos de manera simultánea: la guerra y el amor. La primera fue desencadenada cuando la Reforma no podía esperar más y para consumarla hubo que trasladarla al terreno militar. El segundo fue provocado por Luz Contreras Flannagan. Alcázar entró en ella con el deslumbramiento cauteloso de quien cree poder disfrutar de la belleza sin la sed de aprehenderla y volcó en esa pasión la experiencia sentimental que le faltaba. En Luz Contreras confluían los dos mares de México. Sobrina del general Juan

Álvarez, por sus venas finísimas corría el trópico acapulqueño y el pirata que en Campeche había raptado a su bisabuela le había dejado en los ojos un mar sereno y convulsivo. La primera ocasión en que se lo dijo, Alcázar supo, por la manera en que Luz le respondió con la mirada, que nadie volvería a repetírselo y que él se moriría cuando sus palabras dejaran de tener el efecto aterrador y angélico que en ese momento provocaban. Ser mirado por Luz, embeberse en su aura y sentirla para siempre parte de su vida fueron para Alcázar acciones instantáneas e indelebles. Su mirada existía para repetir en el aire el quiebre de la cintura de Luz al traspasar la puerta: nunca el amor le había dado tanto entusiasmo como esas mañanas cuando despertaba a su lado y abandonaba la alcoba de Luz en Tacubaya para salir a la ciudad de madrugada, el cuerpo fortalecido en la muchacha. En esas excursiones al alba descubrió que la ciudad es mujer y dio comienzo a su *Tratado de anatomía urbana*, perdido al igual que los otros papeles que llevaba consigo en la acción de Calpulapan.

Nunca fue tan cuidadosa la caligrafía de Alcázar y nunca tan abiertas sus palabras como en aquellos pliegos que redactaba en cuanto llegaba a la oficina y enviaba, con un propio, cartas a las cuales ella correspondía con una pasión creciente, interrumpiendo las horas burocráticas de Alcázar con una papaya fresca y abierta que le enviaba con su criada, junto con una nota donde le recomendaba devorar el fruto con la misma avidez con que la había devorado durante la noche. Como sucede en todas las historias de amor ajenas, la pasión de Alcázar era vivida jocosamente por sus amigos. Sin embargo, nunca dejaron de lamentar el extravío de las cartas eróticas de Alcázar, tan diferentes, afirman, a los melosos epistolarios decimonónicos que conocemos.

Pero el amor o eso que así llamamos se termina, y Luz Contreras Flannagan retrocedió en sus pasiones, al tiempo que el ejército de línea se agrupaba en torno a Miramón y los gobernadores de los estados juaristas integraban el ejército liberal. Termómetro infalible del clima político, la guerra

Un soldado de La Angostura

Verano de 1876. Un hombre se detiene ante la casa número 9 en la calle de Vergara. Después de llamar tres veces, repasa el labrado de la cantería de los cuatro balcones, formas memorizadas a fuerza de contemplarlas sin atreverse antes, como esta tarde, a interrumpir el silencio del portón. La luz crepuscular que invade todo el cielo realza las cúpulas y la verdura de los árboles, alcanza aun el amplio patio donde el hombre expresa su deseo de hablar con el dueño de la casa, al tiempo que muestra el estuche, semejante a los utilizados para instrumentos musicales, que porta bajo el brazo.

Hoy el estómago de Su Excelencia se halla de buen talante y, por una razón que el engañoso azar ha calculado, otorga su venia para recibir al desconocido. Otras veces se da el lujo de negarse con displicencia a quienes hacen antesala en requerimiento de la atención del hombre necesario. Por el real que les paga diariamente doña Dolores Tosta, son capaces de repetir el gesto ceremonial, la puesta en escena de cuando el gobierno era un hombre y la República semejaba formalmente la más aparatosa de las monarquías.

De acuerdo con instrucciones de la sirvienta, el hombre entra en la sala. Lo conmueve la modestia del ajuar, pero más lo cimbra descubrir el gran óleo donde el dueño de la casa aparece montado en su inconfundible caballo blanco. Un taconeo irregular le produce un segundo estremecimiento: los ochenta y dos años del general Antonio López de Santa Anna ocupan el marco de esa habitación donde casi todas las tardes

se integra la tertulia con su cuñado Bonifacio Tosta y sus amigos Miguel Mosso y Miguel Andrade.

El visitante no evita saludar marcialmente al anciano, a quien no puede imaginar sino levantando ejércitos y dirigiendo batallas. Para ya no mirar a los ingratos que niegan conocerlo, el general se ha resistido a las curaciones contra las cataratas recetadas por el doctor Guillermo Hay. No obstante la semipenumbra en la que habita, el general reconoce a uno de los suyos en la presteza de los músculos, en el estiramiento corporal de quien siente el orgullo de reconocer por instinto al superior. Y aunque el hombre tiene casi la edad de su general, este no puede evitar, conmovido, un siéntate muchacho, dime qué te trae a ver a tu antiguo jefe.

El visitante, que declaró ser sargento del ejército mexicano, puso la mano izquierda en el estuche y dijo le traigo esto que es suyo, pero antes de abrirlo permita mi general que abra ante usted esta otra caja, y se tocaba el pecho. Y dijo que aunque le dolía verlo a él, general divisionario, rechazado por todos, había esperado este preciso momento para visitarlo, para que no pensara que el objeto de su visita obedecía a los intereses mezquinos de todos los oportunistas encumbrados durante los años de oro del santanismo porque los amigos, Su Excelencia, se conocen en la desgracia y en la cárcel. Y como el general, contra su costumbre de gozar las alabanzas, le sugiriera ir al grano, el sargento pareció cobrar nuevos bríos y continuó: perdone mi elocuencia pero es una de sus lecciones, mi general, si no fuera por sus proclamas que mascábamos junto con el aire helado de aquellos primeros meses de 1847, sus muertos de hambre, sus juanes sin tierra que deseaban conservarla y pelear por ella no hubiéramos llegado a La Angostura. Y le dijo si nos hubiera matado la granada venturosa, mi jefe, si la bala del gringo nos hubiera tumbado en la batalla, usted estaría en la memoria agradecida de la patria.

Y continuó diciendo que a la caída de Santa Anna se había retirado de las armas porque no me gustaba, general, ver

Dama en Nueva York

El volumen *Liberales ilustres de la Reforma y la Intervención*, coordinado por Enrique M. de los Ríos y aparecido en 1890, incluye a sesenta mexicanos que, desde el punto de vista de los autores, contribuyeron a la forja del México republicano y a sentar y defender las bases de la soberanía nacional. De ese conjunto de biografías, solo cuatro corresponden a mujeres: Ignacia Reichy, Soledad Solórzano de Régules, Agustina Ramírez y Margarita Maza de Juárez. Se exaltan en ellas su participación activa en la guerra contra la Intervención Francesa, su incondicionalidad, su valor cívico.

Margarita Maza de Juárez no ha recibido la atención que merece. Cierto que resulta imposible separarla de la obra de su esposo y que es inevitable caer en el lugar común de que tras un gran hombre hay una gran mujer. La admiración incondicional es una forma de injusticia, afirmaba Xavier Villaurrutia. Ejemplar por su discreción, su constancia y su fe en la causa defendida por su esposo, con excepción del trabajo de Ángeles Mendieta Alatorre, publicado en 1972, los escasos trabajos dedicados a Margarita son superficiales cuando no hiperbólicos. Conforme la Intervención Francesa se apoderaba de puntos estratégicos del territorio nacional, a partir de mayo de 1863, el gobierno republicano temió que la familia del presidente constitucional pudiera ser capturada con objeto de obligarlo a abandonar la resistencia. Por lo tanto, se creyó conveniente que tanto su esposa como sus hijos se trasladaran a Estados Unidos, particularmente a Nueva York. De su paso

por esa ciudad queda una placa en el ahora número 208 de la calle 13 Este, la cual indica el lugar donde estuvo la casa que ocupó a su llegada a la ciudad en 1864 y donde permanecería hasta 1866. En el lugar donde antes se levantó la casa luce igualmente otra placa, dedicada esta a una mujer nacida poco antes de la muerte de la señora Juárez. También indómita y resuelta, constituye una excelente compañía:

EMMA GOLDMAN
(1869-1940)
Anarchist, orator and
avocate of free speech
and free love,
lived here from 1902-1913,
and published
the radical magazine
Mother Earth.
She was deported to the
Soviet Union in 1919

La siguiente carta nunca fue escrita pero pudo haberlo sido por Margarita Maza de Juárez. Incluye tanto elementos históricos como conjeturales. He procurado reproducir el léxico y las modalidades del estilo de la ilustre republicana, a partir de las cartas que de ella se incluyen en la obra de Jorge L. Tamayo *Benito Juárez. Documentos, discursos y correspondencia*.

Nueva York, 21 de marzo de 1865

Señor presidente de la República
Don Benito Juárez
Chihuahua, México

Mi estimado Juárez:
Te escribo esta carta como si fuera un parte militar en el que un general de la República te comunica una victoria, esto es,

para alegrarte y estar contigo este cumpleaños tuyo cuando me tienes tan lejos y yo tan cerca. El día de ayer, Matías Romero nos dijo que aumentan los rumores sobre el regreso a México de nuestros soldados y oficiales expatriados a Francia luego de la caída de Puebla. Hoy esperaba la confirmación del general Gregorio Méndez desde Tabasco. Si es verdad la noticia, como espero, será el mejor regalo de cumpleaños que puedan hacerte. Te lo mereces, Benito, por la asistencia que no has dejado de darles a esos pobres tan lejos de su tierra, de su gente y de su lengua. Romero me enseñó un par de fotografías que esos soldados se hicieron en un estudio de Francia. Ahí los tienes, enflaquecidos pero orgullosos de no haber firmado la carta con la que Bazaine quería obligarlos a no volver a tomar las armas para defendernos como deben defendernos los hombres.

Con esta misma fecha recibirás otra carta donde te comunico las nuevas en la forma organizada y económica a que parecen obligarnos estos tiempos difíciles. Sin que tú lo ordenes, las cartas se me han ido haciendo cada vez más escuetas, como si tu discreción para que no nos hagamos notar en esta ciudad y en este país también alcanzara mis palabras. Pero en esta carta deja que te hable Margarita y te cuente sobre las cosas que suceden dentro de ella.

Recibo noticias de nuestros descalabros y nuestros pequeños avances, grandes si consideramos que todo está contra nosotros. Entonces me alegro como mexicana y como esposa tuya, porque esas victorias no serían posibles si no encontráramos fuerza en tu constancia. Aunque me regañes, no puedo evitar leer varias veces las cartas que le envías a nuestro también hijo Santa. Por ellas me entero de las frases elogiosas que te dedicó Altamirano. Me las sé de memoria no solo por su belleza, sino por su exactitud. No son como las zalamerías bien intencionadas de Guillermo Prieto, que te molestan tanto, sino una exigencia que Altamirano y los hombres leales a la República se imponen porque tú das el primer ejemplo: “Más fácil es que la Tierra se salga de su

Primer compás del Chopo

A José C. Valadés

El empleado del Ferrocarril Central entra en la oficina, cuelga la levita en el perchero, contempla las dos torres del Palacio de Cristal del Chopo mientras abre el cajón del escritorio donde se encuentran las listas de viajeros e itinerarios. Las Parlange y las Casasús, en el mismo tílburi, ascienden por la avenida Verónica, después de la cabalgata matutina en Chapultepec, cruzando apuestas sobre si el general llegará a la ceremonia en el landó negro con el escudo mexicano grabado en oro o en el opaco faetón victoriano. La más rubia de las Parlange se inclina por el landó. En el estudio, José María Velasco se arma de papel, plumillas, tinta sepia y antes del primer trazo mira el cielo de la clara mañana de septiembre. Doña Carmen no descansa en medio de la multitud que se ha reunido a la entrada del Chopo, bajo los relieves a colores en madera, el portalón sostenido por delgadas columnas, suspensa la enorme farola de papel con sus dragones áureos.

El landó negro que avanza por Héroes de la Independencia se carga ligeramente a la derecha; el general se lo advierte a Rafael Chousal en medio de instrucciones para ministros: menor presupuesto para el ejército, importación de vajillas y mantelería, la casa en la plaza Río de Janeiro para la embajada japonesa, la recepción a Polavieja. El general contempla a su derecha la gigantesca estructura metálica del Palacio Legislativo, cuando el landó desemboca en el Paseo de las

Estaciones. Atrás, el humo de las locomotoras en los andenes del Ferrocarril Central; más allá de la guerrera de botones dorados del cochero, de los caballos blancos y sus crines relucientes, más allá de los cascos prusianos de la escolta con sus moharras de plumas, el general contempla el Palacio del Chopo, así a lo lejos como un juguete de la exposición de París tejido por una araña caprichosa.

La más rubia de las Parlange aplaude para sí y mira triunfalmente a las Casasús cuando el brillante landó negro se detiene frente al museo. En medio de la valla de honor, el general entra del brazo a la esposa del encargado de negocios extranjeros del Japón. Doña Carmen los recibe bajo la bóveda del museo; nota la condecoración solitaria —la cruz de la constancia de soldado veterano de la República— que destaca en el fondo negro de la levita, y la Casasús gana la apuesta a la menor de las Parlange, y la Parlange hace un mohín de disgusto soñando con el pecho del general lleno de tintineantes entorchados, mientras José María Velasco arroja una tercera hoja de papel al piso del estudio y el empleado del Ferrocarril Central ve desde su oficina la multitud de léperos que han instalado mirador en el muro de una casa lateral al museo.

El general recorre la exposición encabezando la multitud que inunda los pasillos: mira las banderas mexicanas y japonesas colocadas en todo el museo de reluciente estructura de acero, erguida su bóveda apuntada sobre el juego de color y de líneas que llena por completo el edificio. El general recorre la sala, contempla en las vitrinas —a través de ese doble juego con que se burlan de nuestra vista los cristales—, los tibores, las tazas para té, las porcelanas pintadas a mano, las cajas musicales de lacas, los pómulos altos de la señora Horigoutchi, los dragones en miniatura, los ingenuos caballos de madera, la mirada lúcida y penetrante de Justo Sierra, los trabajos en metal, las lámparas y charolas en relieve que muestran campesinos en la siembra del arroz o enfurecidos samurais trenzados en combate; el óvalo perfecto en el rostro

Luis de Sevilla escucha a Mozart

A Guillermo Fernández

Atrás ha quedado el portón vetusto que hace un par de horas fue el umbral de la dicha, y ahora te sorprendes en la calle empedrada, tú el primero en salir tras el aplauso final, de vuelta en el tiempo profano de los hombres. Gratitud hasta el instante de tu muerte al grupo de músicos que a ti y a otros privilegiados convidaron, en esa mansión de San Ángel, al concierto en homenaje a todos los seres —el niño prodigioso, el adolescente iluminado, el adulto cima de su tiempo— que llevaron el nombre de Wolfgang Amadeus Mozart. Como el amor o el agua, incontinentes, la música se mete en todas partes. Y tú, que para traducir el mundo solo tienes palabras, padeces sus límites ante la emoción inmediata y unánime de la música. Alguna vez escribiste, en vano intento por aprehender el aire enajenado: "A la música hay que aproximarse con la mayor pureza, y solo desear en ella lo que ella puede darnos: embeleso contemplativo… su armonioso ir y venir, su centelleo multiforme, eran tal ola que desalojase las almas de los hombres. Y tal ola que nos alzara desde la vida a la muerte; era dulce perderse en ella acunándonos hacia la región última del olvido". No bastan las palabras. ¿De qué sirve saber que a esa rendición del espacio a la música es preciso darle nombre, decir *Concierto número 1 para corno en re mayor*, *Köchel 412* escuchado por ti como nunca antes? No pienses. Siente. Privilegio es que a tu

El enigma del otro

A Frédéric-Yves Jeannet

I

Mi primer y último encuentro con René Hargous tuvo lugar en los jardines del Palais Royal. Su cojera incipiente, huella de su paso por la resistencia francesa, avanzaba tan digna como el sol empeñado en atravesar las nubes pesadas de noviembre. El espacio abierto de la explanada me permitió saber que se trataba del viejo profesor de Nanterre desde el momento en que la distancia y la neblina consintieron en hacer reconocible su andar cansino y melancólico.

A pesar del frío, Hargous se empeñó en caminar; cruzamos varias veces en ambas direcciones el puente Alexandre III en medio de una neblina que amortiguaba luces y sonidos sobre el Sena; comenzaba a oscurecer cuando continuamos hasta el refugio de Hargous en el corazón de Saint-Dennis. Mediante preguntas breves y certeras, por el trayecto se había encargado de saber todo acerca de mí. Yo le contestaba aún con la confusión y la torpeza del que se sabe privilegiado: René Hargous me había concedido una entrevista desde la primera petición, cuando había estudiantes que ni siquiera podían obtener su número de teléfono. Cuando balbucí lo honrado y agradecido que me sentía por esa oportunidad, me miró con malicia.

—*Vous êtes mexicain, n'est-ce pas?*

Cuando iba a contestarle que sí, se adelantó:

—"*Cette idole, yeux noirs et crin jaune, sans parents ni tour, plus noble que la fable, mexicaine et flamade.*"

Como lector ferviente de Rimbaud, no me fue difícil reconocer en sus palabras el principio del poema "*Enfance*". Tras la cita, Hargous me miró fijamente a los ojos y tornó a caminar con su paso rápido, a pesar de la cojera. Entramos en un café de la Rue du Jura donde Hargous parecía ser de casa, pues los meseros y la mujer de la caja se desvivían por atenderlo. Tras pedir coñac y café me explicó:

—Alquilo un cuarto en este hotel. Vivo en las afueras, pero mi mujer es enemiga de los libros. Cuando me dio a elegir entre ella y mis papeles, decidí traerlos a este refugio y creo que no existe mejor lugar. El Hotel du Jura es el más favorecido por las prostitutas del rumbo, así que la analogía es impecable: como alguien vio muy claramente, las prostitutas y los libros se parecen en que podemos llevarlos a la cama.

Con el coñac, el café y la conversación, el frío retrocedía paulatinamente. Seguía escuchando al viejo profesor, ya no a través de sus libros o de su leyenda. Hargous era un profesor-escribidor —él mismo se empeñaba en aplicarse el nombre en ese orden— considerado por sus colegas anacrónico y poco científico, aunque no podían negar el éxito de sus clases: nadie como él era capaz de hablar sobre literatura francesa del siglo XIX y establecer toda clase de analogías; era insuperable en su vehemencia para representar frente a la clase, como si estuviera en un escenario, fragmentos dramáticos de Victor Hugo, la agonía de Emma Bovary o un poema en prosa de Baudelaire. No informaba: formaba o, mejor todavía, deformaba, provocaba una alteración incurable en el alma de sus estudiantes y los obligaba a cuestionar hasta la raíz el motivo por el cual habían ingresado a una facultad de letras. El número de sus alumnos variaba de semestre en semestre y dependía del grado de alcoholismo en que se encontrara o de la tolerancia de la administración escolar. Podían ser tres o quinientos alumnos; Hargous daba clase